

La vidriera

TRABAJO COMO DECORADOR DE VIDRIERAS EN UNA TIENDA. Con este trabajo gano la comida y pago el cuarto. Alguna que otra vez, el patrón me regala uno de sus trajes usados, y otras, de los que quedan sin vender debido a los cambios de estación. Yo los acepto complacido de su generosidad y porque estoy obligado a ello. Debo decir también que siempre voy mal con la estación: en invierno un traje de verano, en verano uno de invierno. No logro estar nunca de acuerdo, marchar conjuntamente. Mi traje de verano, regalado por el patrón durante el invierno, no alcanza entero el verano del siguiente año, e igualmente me sucede con el traje de invierno. Tengo que usarlos demasiado, obligado por la circunstancia de poseer uno sólo.

Hace diez años que vivo sin compañía y acabo de cumplir los cuarenta. La noche que, revisando unos papeles después de terminar en la tienda, descubrí que cumplía cuarenta años me quedé estupefacto. ¡Cuarenta años y veinte decorando vidrieras! Estuve mucho rato contemplando mi cara en el espejo que utilizo para rasurarme todas las mañanas y que está colgado de un clavo en la pared. El tiempo ha pasado silencioso sobre mí, pero dejando sus claras huellas en mi carne, pensé. Llevo bien marcadas dos largas arrugas sobre los labios, otras bajo los ojos empañados y mi cabeza está levemente calva. Envejezco..., envejezco. Me desnudé, me alejé unos pasos para contemplarme de cuerpo entero. Mi espejo es bastante pequeño. Me quedé parado y observé ya por pura curiosidad. Yo era ese cuerpo con la carne un poco flácida, algo desprendida de los huesos y que parece tirar hacia abajo, y no obstante, no veía realmente a aquél a quien dirigía la mirada. Sentía gravitar sobre mí como una indeterminada injusticia. He sufrido esta injusticia y debo continuar sufriendola porque no tengo fuerzas para arrojarla de mí. Además, ¿cómo arrojar lejos una injusticia vaga y oscura, algo que solamente se padece?

Preparé la cama y me acosté como estaba, completamente desnudo. Estuve acariciando en la oscuridad muy suavemente mi cara, luego el pecho y las piernas hasta quedar dormido.

Todos los sábados, después que se cierra el establecimiento, arreglo la vidriera para así no importunar a los clientes. Uno de esos sábados me cogió hasta muy entrada la noche y me quedé a dormir gustosamente en la vidriera. Cuando por la mañana llegó el patrón me vio ya despierto y recostado a un maniquí. Lo saludé con la mano dándole los buenos días. El patrón puso una cara muy extraña y entró en el establecimiento. Yo no salí de la vidriera, continué recostado graciosamente al maniquí. Luego de un rato, llamó el patrón por la puerta que comunica la vidriera con el interior del establecimiento y pronunció algunas palabras. Yo oía sin entender, era como un rumor confuso y por apatía permanecí en silencio. Entonces el patrón salió a la calle enfurecido, me hizo señas y hasta llegó a amenazarme con el puño levantado. Le dije con las manos que no entendía. Volvió a entrar y a salir después de golpear en la puerta de nuevo. Seguía yo sin responder. Él golpeaba en la puerta fuertemente, salía y arañaba en los cristales y daba golpecitos con miedo de romperlo. Cuando hacía esto su cara se congestionaba. La gente comenzó a detenerse curiosa. El patrón gesticulaba y yo continuaba en la vidriera. Había cerrado la puerta por dentro con el pestillo decidido a no salir más. Al fin me encontraba seguro de la vida. No tenía que salir, no me pondría más trajes usados; dejaría de comer y hacer digestiones; realizar proyectos e ir al cine los domingos después de cenar. Comencé a recorrer la vidriera a pasos lentos, tenía un magnífico espacio, más de lo que podía desear, y sentirme libre dentro de mi cárcel de cristales. Y aquella libertad asegurada me seducía. Hice señas y muecas a los transeúntes, hasta llegué a despojarme de la camisa y exhibir como un gimnasta mis brazos endeblés y el pecho hundido con algunas arrugas pertinaces sobre el vientre.

Comenzó a pasar tiempo. El patrón había desaparecido quizá en busca de un agente de policía. La personas, que al principio se detenían para mirarme, se fueron cansando, se volvieron indiferentes, fui quedándome solo con mis gestos. No podía salir de la vidriera porque el patrón cerró por fuera con llave la puerta. Yo no tenía la llave para abrir y tomar el aire puro.

Traté de hacer saltar la puerta, pero resistió tenazmente. «Es posible que yo esté demasiado cansado y no pueda esforzarme. Posiblemente no sea tan resistente», me dije y comencé a sentir hambre mientras me envolvía el vaho que forma el aliento en los espacios cerrados. Estaba totalmente perdido, ¿cómo salir? Entonces empecé a gritar, nadie me oía ni podía oírme. Solamente ver mis gestos dentro de la bruma. Comprendo, son gestos ambiguos y por eso no me salvan. ¿Pero quién puede salvarme? El patrón ha desaparecido, la gente pasa indiferente, quizá algunos me miran todavía pero sin detenerse, sin escuchar mi gritos. ¿Tal vez piensan que no grito de desesperación y de hambre? Pero ahora mismo, mientras veo el abismo en que me precipito, ¿por qué no me detengo? ¿Por qué no rompo con algo los cristales y salgo? No puedo, sé que no puedo. Tengo la sensación de que voy, de que debo seguir como si fuera arrastrado. Soy dueño de todas mis facultades, siento y razono normalmente; pero todo esto detrás de la enorme certeza que no

∞ La vidriera ∞

podré salir de aquí mientras viva. Mi voluntad no puede nada contra estos cristales que me reflejan y simultáneamente hacen de mí un desconocido inapresable y recóndito. Comienza la asfixia. Es cierto, no escogí esta vidriera; sencillamente, me pertenece. ¿Cómo puedo entonces quejarme de los demás si no podrán salvarme? Posiblemente no son injustos, sino que están demasiado ocupados y desconcertados. Pero, ¿por qué alguien al pasar no levanta su mano y me saluda?

(*Ciclón* Vol. 3, nº 1, 1957, pp. 41-43)

